

EL CONCEPTO DE TRASCENDENCIA EN LA ANTROPOLOGÍA DE EMMANUEL MOUNIER

THE CONCEPT OF TRANSCENDENCE IN EMMANUEL MOUNIER'S ANTHROPOLOGY

Martínez-Vásquez, Luis Arturo*

Universidad Católica de Costa Rica. San José. Costa Rica

lmartinez@ucatolica.ac.cr

Resumen

El pensamiento de Emmanuel Mounier evidencia un cristianismo moderado que expresa las concepciones religiosas del cristianismo con radicalidad, pero que no dista mucho del pensamiento cristiano clásico. En este sentido, partiendo de la reflexión antropológica mounieriana, el presente trabajo pretende presentar los elementos fundamentales del concepto de trascendencia, su relación con la estructura personal y con los ámbitos externos de la experiencia religiosa criticada por Mounier en sus obras. Conclusivamente, se buscará sintetizar dichos esfuerzos y replantearlos para un personalismo más actual.

Palabras clave: Personalismo, Trascendencia, Mounier

Abstract

The thought of Emmanuel Mounier evidence a moderate Christianity that expresses religious conceptions of Christianity radically, but not far from the classic Christian thought. In this sense, starting from the Mounier anthropological reflection, this paper aims to present the key elements of the concept of transcendence, his relationship with the personal structure and external areas of religious experience criticized by Mounier in his works. Conclusively, it will seek to synthesize those efforts and repurposed for a more modern personalism.

Keywords: Personalism, transcendence, Mounier

*Bachiller en Filosofía y Humanidades, Teología y en Ciencias de la Educación por la Universidad Católica de Costa Rica. Licenciado en Docencia con énfasis en Filosofía por la Universidad San Marcos. Maestría en Filosofía de la Universidad de Costa Rica. Estudiante del doctorado en Filosofía de la Universidad de Costa Rica. Responsable de la Cátedra Emmanuel Mounier de Costa Rica y vocal de la Asociación Iberoamericana de Personalismo (AIP). Director de la Escuela de Ciencias Teológicas de la Universidad Católica de Costa Rica. Sus áreas de interés son la Filosofía Latinoamericana, Interculturalidad, personalismo y más profundamente el pensamiento de Ignacio Ellacuría.

Recibido: 27 de Julio 2015 / **Aprobado:** 30 de Octubre 2015

Introducción

Dentro de los sistemas filosóficos actuales enfocados en el análisis antropológico, el personalismo realiza un esfuerzo significativo por presentar los elementos de la estructura personal, de forma que ésta pueda ser comprendida en su integralidad, evitando extrapolaciones, dualismos y reduccionismos (Burgos, 2003).

Se le debe a Emmanuel Mounier (1905-1950) el inicio de un movimiento de reflexión denominado Personalismo; el cual, aunque no buscó elaborar un minucioso sistema filosófico de pensamiento (Ricoeur 1993), sí buscó sentar las bases de una nueva interpretación de la persona como punto de partida obligatorio para este nuevo movimiento.

Para Mounier, el cristianismo de su época ha olvidado su razón de existir y se ha convertido en parte constitutiva del orden establecido (Domínguez, 2012). De forma que se hace necesario reinventar el cristianismo a partir de las cenizas de una cristiandad ya difunta.

Por lo tanto, la presente investigación pretende, de manera somera, realizar, en primer lugar un acercamiento conceptual a la noción de persona, para, seguidamente presentar la crítica del autor al cristianismo de su época. En tercer lugar se esbozará la noción de trascendencia y su relación con lo expuesto anteriormente.

La filosofía mounieriana y su concepto de persona

Para el autor, la persona es el punto de partida de toda reflexión que se llame filosófica, y al mismo tiempo el punto definitorio de explicación de la realidad. En este sentido, la persona se constituye como una realidad acabada e inacabada al mismo tiempo. Al no ser un objeto, y dada su preeminencia en la existencia, no puede ser definida. No es un espíritu ni una sustancia, ni un residuo, es un movimiento.

Sin embargo, de la misma forma que se da una búsqueda constante de un proceso de personalización que logre transformar las condiciones actuales, para el autor se debe partir de la clara conciencia de que la sociedad proporciona los insumos necesarios para individualizar, despersonalizar los procesos humanos.

Parte de este retroceso de la sociedad tiene como fundamento una interpretación dualista y sesgada del mundo, a la cual han contribuido todos los sistemas religiosos, filosóficos, sociológicos, políticos, culturales y económicos, de forma que “los espiritualismos modernos dividen el mundo y el hombre en dos series independientes, la material y la espiritual. (...) tan pronto niegan toda realidad al mundo material, hasta hacer de él sólo una apariencia del espíritu” (Mounier, 1970, p. 12).

Persona e individuo, desde la perspectiva del autor, son dos categorías contrapuestas en su propia definición. Mientras que el individuo es una imagen imprecisa, un gozo avaro, amor narcisista, pánico, agresividad caprichosa que termina siendo una dispersión y extrapolación de lo verdadero en la constitución del ser personal; “la persona se opone al individuo en que ella es dominio, elección, formación, conquista de sí; corre el riesgo del amor en lugar de protegerse.” (Mounier, 2002, p. 73).

La persona resultaría ser, en último término “el volumen total del hombre” con sus pasiones, intenciones, corporalidad, voluntad. La encarnación, desde esta perspectiva, es constitutiva de la persona y no es posible relegarla o sustituirla, y su problema radical consistiría no en evadir la materialidad de su existencia, como se pensó en los estadios más fuertes del existencialismo, sino en asumir esta corporalidad y transfigurarla.

El punto equilibrador de la corporalidad es la extensión, en tres dimensiones, denominadas “espirituales” no por su ruptura por lo corporal, sino por su exterioridad,

su capacidad de salir de sí, su posibilidad de elevación, lo que se convierte al mismo tiempo en elemento unificador.

Mounier y el cristianismo de su época: la religión y el desorden establecido

Para el pensador de Grenoble el cristianismo se ha quedado en un círculo vicioso de ritualismo: “El hombre de apellido cristiano no ha de contar con sus títulos históricos: están empañados de malos recuerdos y los pergaminos son un argumento frágil en plena batalla” (Mounier, 1968, p. 14). Para Mounier, el cristianismo occidental puede estar muy preocupado por sus tradiciones pero descuidando el sentido profético de su vida.

En este sentido, la religión se presenta como un componente más de este desorden establecido: “algunas investigaciones han mostrado que las grandes religiones caminan por los mismos itinerarios que las grandes epidemias” (Mounier, 1970, p. 12). Es claro que el pensamiento cristiano tiene como eje principal la unión del alma y el cuerpo, y desde esta postura el desprecio del equilibrio existente entre éstos, sólo podría ser entendido como una desviación de esta propuesta; sin embargo, la práctica demuestra lo contrario.

Otro de los problemas graves por los que la religión atraviesa es el de una descontextualización con la realidad, lo que podría significar una señal que determina el fin de la religión o una señal imperdible que le exija transformarse, trascenderse, de su propio status social.

La opción de la cristiandad, por tanto, debe ser clara; “renunciar al gobierno de la tierra y a las apariencias de su consagración, para realizar la obra propia de la Iglesia, la comunidad de los cristianos en Cristo, confundidos con los demás hombres en la obra profana” (Mounier, 1970, p. 67). Sólo así, el cristianismo podrá tomar consciencia y formar parte de la sociedad personalista.

De ahí que el pensador de Grenoble plantee una revolución espiritual, un concepto que choca al espiritualista, resulta intranquilizador y provocativo, pero eso es precisamente lo que **Mounier** pretende: una revolución sin armas ni violencia que comprometa e impulse a la acción, y la acción nunca es pura, ya lo sabemos. En último término, la crisis de la institución religiosa, no podrá significar desde esta perspectiva el fin del cristianismo, sino el fin de un régimen específico de cristiandad.

La idea de trascendencia en Mounier

Aunque esta persona, en la búsqueda de su propia realidad comprende, al mismo tiempo que no es objeto de esta realidad, tampoco la posee completamente, sí sabe que, por encima del resto de lo que existe, sólo él puede conocer el universo, transformarlo; es capaz de amor, de forma que se pueda convertir en creador, en punto de partida de su propia trascendencia, la cual le hace tener consciencia de lo que es y de lo que puede llegar a ser.

Para hacer efectiva esta trascendencia, es necesario integrar correctamente todos los elementos de la existencia humana sin menosprecio de alguna: “Siendo las relaciones espirituales relaciones de intimidad en la distinción, y no de exterioridad en la yuxtaposición, la relación de trascendencia no excluye una presencia de la realidad trascendente en el corazón de la realidad trascendida” (Mounier, 1970, p. 40). La manifestación de esta presencia se refleja directamente en la acción humana, entendida ésta como afirmación, superación, toma de consciencia, generosidad, resistencia a la adaptación e inclusive negación.

Uno de los principales problemas en la aproximación a la categoría trascendencia son las visiones idealizantes de la realidad, lo que, al mismo tiempo significaría una realidad separada de la existencia corporal que realiza acciones independientes. El hecho de que una realidad sea trascendente,

significa directamente que es una “realidad superior en calidad de ser, que la otra no puede alcanzar por un movimiento continuo, sino mediante un salto de la dialéctica y de la expresión” (Mounier, 1975, p. 40).

¿En qué consiste este salto? En primer lugar en la actividad productora. Al producir, la materia que la persona quiere transformar le comunica maravillas que transforman igualmente al productor.

De lo anterior, Mounier (1977), distingue tres estadios claros que caracterizan toda actividad: el productor como ente que genera el proceso y lo desarrolla, la materia, que se convierte por medio de la actividad y la meta, que es la consecuencia lógica de unir los dos elementos anteriores. Así, la producción deja de ser un simple acto frío que transforma la materia y se convierte en parte de la misma estructura personal. De esta manera, hasta el movimiento y la actividad se convierten en parte de la búsqueda de la persona en su integración.

Este afrontamiento ve su máxima expresión en el compromiso. La desesperación, como expresión humana es individual, aislante y provoca vacío, es el camino hacia una pérdida de substancia. Por el contrario, el compromiso es la expresión del progreso, a pesar de la dispersión del mundo actual. El cristianismo, desde la perspectiva del autor, es ajeno a esta desesperación, tal como el mismo Kiekegaard (2007), lo señalaría en sus textos.

Al mismo tiempo es el catolicismo la expresión más fehaciente del sentido trágico de la existencia: “El sendero del cristiano católico sigue aquí una cima, le es necesaria una precisión extrema en el paso, para no deslizarse hacia el cristianismo idílico del vicario saboyano (personaje amable que lo aceptara todo fácilmente) ni hacia el cristianismo desesperado de Calvino o Jansenio” (Mounier, 1968, p. 28). Esta expresión cristiana del equilibrio entre la infinitud trascendente del creador y la

profundidad universalizante del pecador es la manifestación más clara del sentido trágico del cristianismo y al mismo tiempo su razón de ser en la sociedad.

La trascendencia vería la necesidad de un equilibrio entre autoafirmación, libertad, toma de conciencia y negación de sí. Se trata de una búsqueda, una aspiración que se expresa directamente en un movimiento que siempre busca ir más lejos. Lo contrario a esta idea sería un impulso social o vital, extrapolando y desequilibrando este movimiento, o peor aún, el adaptarse pasivamente sin arriesgar nada.

Si se ha afirmado que la trascendencia es movimiento, debe determinarse cuál es la dirección de esta aspiración, ya que, si bien es cierto que del mismo modo que un avión sólo se equilibra a una cierta velocidad, la persona necesita de este movimiento para mantener su equilibrio, este movimiento requiere ser dimensionado.

La resolución de esta problemática se verá en la propuesta de la persona como un ser personal y comunitario: “La persona es, pues, en definitiva, movimiento hacia un transpersonal que anuncia simultáneamente la experiencia de la comunión y la de la valorización” (Mounier, 1976, p. 43). Se evidencia por tanto, una ruptura del autor con idealismos y espiritualismos que, en su opinión, han olvidado la complejidad del valor como realidad presente en la trascendencia humana; la cual no puede ser un absoluto, pero tampoco son inexistentes.

La evidencia de la trascendencia: la revolución y el compromiso

Una de las grandes astucias de la sociedad actual es que ha disociado cautelosamente lo espiritual de lo reaccionario, y sectorizado con esto los valores de la persona, de modo que al separar los ámbitos se olvide el compromiso de la acción, el cual siempre debe estar subordinado a la acción del espíritu:

El punto al que se dirigen nuestras más amplias miras no es la felicidad, el confort, la prosperidad de la ciudad, sino la realización espiritual del hombre. Si perseguimos el bien político no es por la ilusión que nos va a asegurar una vida sin riesgos, sin sufrimientos y sin sed. El desorden nos choca menos que la injusticia. Lo que nosotros combatimos no es una ciudad confortable, sino una ciudad malvada. Pues todo pecado va contra el espíritu, y todo mal viene de la libertad. Nuestra acción política es pues el órgano de nuestra acción espiritual, y no a la inversa. (Mounier, 2002, p. 35).

La tarea consiste, tomando como punto de partida el espíritu humano, en revolucionar la sociedad, sacarla del individualismo y de una indiferencia que enferma, lo que le permitirá construir una sociedad personalista –sociedad del nosotros-, que asuma sobre su vida el compromiso de avanzar constantemente en la transformación de la realidad.

La revolución comunitaria, según el autor, dista mucho de un espiritualismo añejo que huele a naftalina. Por el contrario, debe olvidar los dogmatismos miopes y respetar la libertad de sus miembros, de forma que permita una comunión totalizante que abogue por contraponerse al mundo liberal y a los sistemas totalizantes, los cuales siempre olvidan uno u otro polo del equilibrio de las “ciudades espirituales”.

La primacía de lo espiritual, por tanto, debe manejar tres características fundamentales: en primer lugar, el espíritu no se reduce a la exaltación de las energías vitales como la fuerza o el éxito, ya que esto sería una forma de desviar el impulso espiritual en expresiones peligrosas. Además, el espíritu no se reduce a la cultura, separada de la vida interior, que se llena de impurezas conforme se encarne en un grupo determinado. Finalmente, el espíritu no se reduce a la libertad; ya que, aunque es una conquista del hombre, “sólo tiene sentido en vistas a una adhesión y sólo es un valor relacionado con

la pureza y profundidad de esta adhesión” (Mounier, 2002, p. 113)

Por lo tanto, para el autor, lo espiritual consiste en una escala de valores, los cuales, encarnados en unas personas concretas, conforman una comunidad espiritual. “quien desarrolla la persona, en esa misma medida prepara la comunidad” (Mounier, 2002, p. 113)

Conclusiones

Emmanuel Mounier ha desarrollado ampliamente en sus escritos el tema de la trascendencia, ligado principalmente a la primacía de lo espiritual, pero entendido lo espiritual como un compromiso con el movimiento de la persona hacia un transpersonal que transformaría obligatoriamente a la comunidad.

El Mounier que conocemos es reaccionario, crítico, profundo; pero al mismo tiempo escurridizo en la definición de sus conceptos. En esto ha quedado claro que para el autor de Grenoble, la filosofía pierde su tiempo al definir: debe actuar y transformar.

La inspiración recibida por parte de Sören Kierkegaard sobre el concepto de singular le ha permitido a Mounier sentar las bases para una interpretación subjetiva e immanente de la trascendencia, de forma que, al romper con los espiritualismos y los dualismos de su época, propicie una revolución sustentada en el compromiso.

La persona, como punto de partida obligatoria, será también la medida de su propia transformación. Esta medida permitirá una ruptura con las instituciones y estructuras sociales y religiosas que adormecen y tranquilizan los ímpetus personales a los que tiende esta persona, dotada de la capacidad de transformación de toda su realidad.

Por lo tanto, todo aquello que vaya en contra de la persona, espiritual o no, establecido o no, debe ser derrocado de su estatuto, de forma que la persona logre

trascender su propio estadio vital.

Referencias bibliográficas:

- Burgos J. M. El personalismo. Autores y temas de una filosofía nueva. Segunda edición. Madrid: Palabra. 2003.
- Domínguez X. Identidad del cristiano e Iglesia. Aportes de Emmanuel Mounier a la Iglesia de la primera mitad del siglo XX. *Lógos, Revista Filosófico-Teológica*. 2012, IV: 111-140.
- Kierkegaard S. Tratado de la desesperación. Buenos Aires: Gradifco. 2007.
- Mounier E. EL afrontamiento cristiano. Barcelona: Editorial Estela. 1968.
- Mounier E. El personalismo. Antología esencial. Salamanca: Ediciones Sígueme. 2002.
- Mounier E. El Personalismo. Buenos Aires: EUDEBA. 1970.
- Mounier E. Introducción a los existencialismos. Madrid: S/e. S/a.
- Mounier E. Manifiesto al servicio del personalismo. Buenos Aires: S/e. 1977.
- Mounier E. Manifiesto al Servicio del Personalismo: Personalismo y Cristianismo. Buenos Aires: Taurus. 1976.
- Ricoeur P. Amor y Justicia. Madrid: Caparrós Editores, 1993.